

2103

ANTONIO RAMOS MARTÍN

64-63

Ediciones...

LA COCINA



SAINETE

EN UN ACTO Y EN PROSA

MÚSICA DEL MAESTRO

RAFAEL CALLEJA



Copyright, 1912

by Antonio Ramos Martín

MADRID

Sociedad de Autores Españoles

NÚÑEZ DE BALBOA, 12

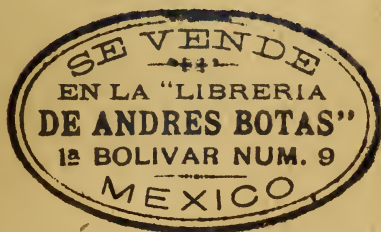
1912

Amalia de Isaura, en cuyo beneficio se estrenó este sainete

23



LA COCINA



Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA COCINA

SAINETE

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

ANTONIO RAMOS MARTÍN

música del maestro

RAFAEL CALLEJA

Estrenado en el TEATRO DE APOLO la noche del 26 de
Junio de 1912



MADRID

E. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1912

Antonio Ramos Martín

Al Sr. D. Eduardo Vela en prueba de amistad, cariño y respeto.

Antonio Ramos Martín.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

DOÑA CLOTILDE..... <i>Sacert</i>	SRA. VIDAL.
PASCUALA..... <i>Sacert</i>	SETA. PÉREZ.
ENCARNACIÓN.....	PALOU.
GREGORIA.....	ISAURA.
JOSEFINA.....	YERVES.
MATEA..... <i>(ama de casa)</i>	MOREU.
DÁMASO..... <i>Casado</i>	SR. VIBEGAÍN.
AUGUSTO.....	SANTOS ASENSIO.
DON ESTEBAN.....	SOTILLO.
FELICIANO.....	GOTÓS.

La acción en Madrid.—Epoca actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO UNICO

Croquis de la decoración



- 1—Sillas de pino.
- 2—Fogón, con depósito, horno, etc.
- 3—Alacena grande de dos departamentos; la parte baja es la carbonera. Tiene puertas de dos hojas independientes.
- 4—Ventanas al patio con persianas verdes, voladas y cuerda. Aparecen levantadas y á su tiempo juegan.
- 5—Puerta de dos hojas que da al comedor.
- 6—Puerta de una hoja que da á las habitaciones.
- 7—Puerta que da á la escalera de servicio.
- 8—Pila fregadero de mármol, grifo y agua corriente.
- 9—Cubo de zinc.
- 10—Espuerta de la basura.
- 11—Mesa de pino, con cajón por la parte de adentro.
- 12—Tabla de planchar, apoyada en dos sillas.
- 13—Forillo de patio.
- 14—Forillo de comedor.
- 15—Gancho-percha para colgar ropa.
- 16—Cuadro indicador de timbres eléctricos y encima cencerrilla.

Cocina en la casa de una familia bien acomodada, con arreglo al croquis que antecede. Vasar con pucheros, cazuelas, botellas, etcétera, etc. La pared de la cocina es de azulejos. En la pared del fogón tabla de partir carne y paños y delantales puestos á secar. En el rincón escoba, cogedor y capacho. Sobre la plancha del fogón dos ó tres pucheros, uno con agua hirviendo. Dentro del horno cazuela con tapa. Alfombra de ladrillos. Es de día.

(Al alzarse el telón están en escena: ENCARNACIÓN planchando unas enaguas en la tabla indicada; á su lado, en una silla, una falda y un frasco de bencina. FELICIANO sacudiendo con una palma unos pantalones de caballero que tiene colgados en el gancho indicado en el croquis. De cuando en cuando los cepilla. GREGORIA va sacando platos y tazas de la pila de mármol y los coloca en el extremo izquierda de la mesa después de secarlos, y MATEA, ama de cría, sentada á la derecha de la mesa y teniendo sobre sus rodillas un niño de mantillas, toma una taza de chocolate. Matea viste falda negra, blusa clara y delantal de hule; Encarnación falda negra, blusa blanca y delantal blanco con peto; Gregoria, de color, delantal de tela de arpillera; pelo estirado y aspecto de paleta. Feliciano en mangas de camisa y delantal de lienzo blanco, con peto.)

Música

FEL. Si pillase al señorito
metido en estos calzones,
¡con qué gusto quitaría
el polvo á los pantalones!

ENC. Ven, y ven, y ven.
Vente chiquillo conmigo.
No quiero para pegarte,
¡mi vida!
¡Ya sabes pa lo que digo!

GREG. Tengo que dir á buscarte
á la fuente de los Picos,

y cuando estemos á solas
darte un beso en los hocicos.

MATEA No déis tantos golpes, que me vais á despertar al chico.

GREG. ¡Ay, María, María
de mi corazón!
Mira que estoy escamao,
que me han dicho
que no tienes
¡pues!
lo que me hubiera gustao.
Si eso es cierto,
¡ay, María!
¡pues!
cualquiera se escamaría.

FEL. ¿Dónde has aprendido esa copla tan bonita
y tan *fisna*?

GREG. En mi pueblo.

ENC. Será la que cantan los mozos.

GREG. ¡Si no hicieran más que cantar!...

FEL. Vivo encima de tu cuarto,
duermo encima de tu alcoba,
¡y me dan muchos deseos
de bajar cuando estás sola!...

(Gregoria, al colocar una taza junto á las otras se le escurre y cae al suelo, haciéndose mil pedazos.)

GREG. ¡¡La rompí!! (~~Cesa la música.~~)

Hablado

CLOT. (Dentro.) ¿Qué has hecho, Gregoria?

GREG. (Con verdadero espanto.) ¡Que se ha roto una
taza!

CLOT. ¿Cuál?

GREG. Una azul, que tenía asa.

CLOT. Ayer la cafetera, hoy la taza; para lo que
falta, rompe el plato. (Gregoria coge el plato y lo
tira al suelo, haciéndole polvo.)

- FEL. ¡Chica!
MATEA ¡Gregoria!
ENC. ¿Qué has hecho?
GREG. ¡Lo que me han mandao!
(Entra por la segunda puerta DOÑA CLOTILDE. Es la señora; cincuenta años próximamente, viste falda oscura y matinée de color.)
- CLOT. ¡Pero es que no gana una para cacharros contigo! Ayer la cafetera, tres platos y la tapa del azucarero. Anteayer dos vasos y una jícara... ¡Me vas á dejar sin vajilla!
- GREG. Lo de antes ha sío sin querer, señora.
CLOT. ¿Y lo de ahora?
GREG. Creí que me lo mandaba usted de verdá.
CLOT. ¡Acémila!
GREG. ¿Qué es eso?
CLOT. Nada, mujer, nada. (A Matea.) ¿Qué hace usted aquí, ama?
- MATEA Acabando de tomar el chocolate.
CLOT. ¡Otro chocolate!
MATEA Es que como el niño tira tanto, me entra debilidaz.
- CLOT. Vaya usted al cuarto de la costura, que no me gusta que mi nieto esté en la cocina.
- MATEA. Ahora mismo. (Vase por la segunda.)
CLOT. (A Encarnación.) Y Pascuala, ¿no ha venido aún?
- ENC. No, señora.
CLOT. ¡Y se marchó á las ocho y son las once! ¡Tres horas para ir á la compra! Así luego sale la comida como ayer, que el mero era una verdadera porquería y el estofado de por la noche no lo pudimos comer. (Suena un timbre. A Feliciano.) Ande usted, que llama el señorito.
- FEL. Será por los pantalones. (Mutis por la segunda, llevándose la prenda indicada.)
- CLOT. (A Gregoria.) Y tú, ponte á lavar. (Gregoria obedece, sacando la ropa que mete en la pila de un barreño y colocando la tabla para lavar en el lado derecho.) Y usted, Encarnación, tenga cuidado de que la comida no cueza á borbotones.
- ENC. Está bien, señora.
CLOT. ¡Ah! y ojito con la puerta. (Señalando á la primera.) Estas escaleras interiores no me han hecho nunca maldita la gracia. Las escaleras de servicio se han inventado para que

los señores no nos enteremos de lo que pasa en la cocina. Aquí entra todo el mundo como *Pedro por su casa*. Se va á terminar este visiteo constante porque desatienden ustedes la obligación.

ENC. Yo, señora...

CLOT. Ya sabe usted por quién y por qué lo digo. (A Gregoria.) Y tú, cuidadito con romper otra cosa. ¡Manos más desgraciadas!

GREG. Apretaré bien los cacharros pa que no me se escurran.

CLOT. (Iniciando el mutis por la segunda.) ¡Uf! ¡Cada día está peor el servicio! (Vase.)

ENC. ¡El servicio! ¡Vaya una manera decente de llamarnos!

GREG. En mi pueblo se le llama así á otra cosa.

ENC. ¡Vaya con la señora, y qué genio gasta!

GREG. ¡A mí es que me atonta ca vez que me ice algo! Si no la obedezco me riñe, y si la obedezco, como endenantes, también. ¡Estoy en vilo tóo el santo día! ¡Y aluego me llama unas cosas tan raras, que yo no las he oído en mi vida.

(Entra FELICIANO por la segunda, sin delantal, poniéndose la gorra y un chaqueta obscura ó negra; saca una carta.)

FEL. (Mal humorado.) Ha habido bronca, ¿eh?

ENC. ¡Como á todas horas en esta casa!

FEL. Pues mira que yo ahora tener que ir á llevar esta carta al barrio de Argüelles... ¡Vamos, hombre! ¿Para qué están los *continentales*? Con treinta céntimos, arreglado y no se le molesta á uno.

ENC. Tienes razón.

FEL. Vaya, hasta luego. (Suena un timbre diferente al anterior.)

ENC. Abre al paso que sales. (Vase Feliciano por la primera.)

(Al momento entra PASCUALA con una cesta grande al brazo, que deja sobre la silla que está á la derecha de la mesa. Viste traje de percal y mantoncillo de crepón, que se quita y deja sobre la silla que hay entre ambas puertas, poniéndose un delantal de cocina.)

PAS. (Entrando.) ¡Qué calor!

ENC. Pues tú no te habrás sofocado de venir corriendo.

- PAS. ¿Ha preguntao por mí la señora?
ENC. ¡Ya lo creo!
PAS. ¿Y qué ha dicho?
ENC. Que esto se va á acabar.
PAS. ¡Las ganas!
ENC. Además, se ha debido enterar de lo de Dámaso, porque dice que está harta de visiteo.
PAS. ¿También se va á meter con eso? (Se dirige al fogón y echa un vistazo á la lumbre, á los pucheros y á las cazuelas.)
ENC. Hija, es que á tu carbonero no le falta más que empadronarse aquí. En lo que va de mes ha traído ya tres veces cok; dos, astillas, y cuatro, encina.
PAS. Que se aguanten, que pa eso las sufrimos nosotras á ellas.
GREG. (A Pascuala.) ¿Es tu novio el carbonero, verdad?
(Gregoria, cada vez que habla, deja de lavar y avanza dirigiéndose á sus compañeras.)
PAS. No, que va á ser el tuyo. (Empieza á sacar de la cesta verduras y paquetes, que va colocando en el cajón de la mesa y en la alacena; deja luego la cesta al lado del fogón.)
GREG. A mí no me gustan más que los melitares, por lo marchosos que son.
ENC. ¡También tienes gusto!
GREG. ¡Son mu elegantes! Mi hermano, que en el pueblo naide arrearaba en él, cuando vino á Madriz de Caballería, tenía las criás así. (Juntando los dedos.) Se lo disputaban toas las niñeras de la Plaza d'Oriente y él, que siempre ha tirao pa orgulloso, ni las miraba. Solo se enamoró, como un animal, eso sí, de un ama de cría. Y que la quería como un borrico, según nos escribía en toas las cartas que le escribía un cabo, porque él no sabe escribir. Y hasta nos pidió los papeles pa casarse cuando le licenciaran. Y si no se casó, fué porque se enteró de que su novia, antes de ser ama de cría, había tenido un chico con otro. Ella también estaba entonces con mi hermano; tanto, que cuando cumplió, le regaló un collar que tenía doscientos riales en pesetas chiquitas, pegás las unas á las otras. (Vuelve á lavar.)

- PAS. Yo no cambio á mi carbonero ni por un general.
- ENC. (Que ha estado desarmando el tinglado de la plancha, deja la tabla en la primera caja y se pone á quitar manchas de la falda junto á la ventana del fondo.) Pues al momento me casaba yo con un hombre tan negro y tan feo.
- PAS. En eso de feo, no tiés razón; no te has fijao bien en sus faciones. Y lo de negro, lo dices porque no le ves más que cuando trae el carbón, pero si le vieras los domingos cuando se lava... ¡es que es otro! Tié un cutis muy blanco... y muy suave.
- ENC. Pues yo, qué quieres que te diga, soy más fina que tú; no me gustan los pobres; estoy por los señoritos.
- PAS. Ya lo hemos conocío.
- ENC. ¿En qué?
- PAS. En lo que tardas en despertar al señorito Augusto.
- ENC. Es que tiene un sueño muy pesado.
- PAS. Será pa ti; el único día que le entré yo el chocolate, se espabiló en seguida. ¡Y por cierto que si no le aviso se equivoca, ¡de jícara!
- GREG. Lo que es ese señorito es mu atrevío. A mí me mira con los ojos mu abiertos y ya me ha dao tres azotes.
- ENC. ¿A ti?
- GREG. Sí, á mí; un pellizco de monja en este brazo y tres azotes: dos en el pañillo y uno en la despensa. Y el otro día, cuando le entré las botas equivocás, me dijo mu cariñosamente:—«¿Por qué serás tan cafre, hija?—Y esas palabras no se le icen á una sin doble intinción. (Se pone á lavar.)
- ENC. Yo, no lo puedo remediar, soy así; no me peino pa un artesano. Hoy soy doncella, pero espero llegar á otra cosa.
- PAS. Tal vez.
- ENC. No se han hecho estas manos para fregar platos toda la vida. Soy muy ambiciosa. ¡Y quién sabe si el día de mañana me veréis llena de sortijas, con pendientes de brillantes, con pulseras de záfiro, con collares de perlas...

- PAS. Ten cuidado no vayas á llevar cllares, pero de pesetas pegás, como dice ésta. (Por Gregoria.)
- ENC. Eso sí que nones.
- PAS. Nones ó pares.
- ENC. Aquí lo que hace falta es salir de esta vida con quien sea; ésta (Por Gregoria.) con su militar; tú con tu carbonero y yo... ya veremos.
- PAS. Tiés razón; y antes sacar lo que buenamente se pueda. Yo ya he compraó la hucha.
- ENC. ¿Qué hucha?
- PAS. La que empiezo á llenar en toas las casas donde entro. Con lo que sobra de la compra... es decir, con lo que yo hago que sobre, la voy llenando. En la casa en que estuve antes llegué á reunir dieciseis pesetas.
- ENC. ¿Estuviste mucho?
- PAS. Nueve días. Y si me marché fué por diznidá; porque la señora dijo un día que yo sisaba y á mí no hay quien me diga que siso. En esta casa no se pué reunir tanto, porque la señora se acuerda de too lo que has traído el día antes.
- ENC. ¡Menos mal que el peso es muy socorrido!
- PAS. Anda, gracias á eso. Vosotras, las que estáis de doncellas, tenéis las propinas; nosotras alguna falda vieja de la señora, que ni pa hacer bayetas sirve. Por eso yo me doy las propinas á mí misma y los trapos viejos á la familia.
- ENC. En medio de todo, tienes razón; no te agradecen que te tomes interés por la casa.
- PAS. Sí, sí; agradecer. ¡Cá día están peor las amas!
- GREG. ¿Las de cría, verdá?
- PAS. ¡Hay cá señora en este Madrid!
- GREG. Eso es mu cierto. A mí me asusta entrar en las casas. En la que estuve á pretender antes que aquí, no me quedé, porque me asustó un crio mu serio, con unas patillas mu largas, que me dijo mirándome mu fijamente:—«Tiés el pelo de la dehesa, pero ya te cepillaremos aquí.»—¡Cualquiá se quedaba!
- ENC. Pues yo por poquito me quedo en casa de una cupletista. ¡Y se me pasaron unas ganas de entrar á servirla!...

- PAS. ¿Y por qué no entraste?
ENC. Porque no daba más que tres duros.
PAS. Pero los líos dan mucho de sí.
ENC. ¡Hubiera sido mi ilusión una cupletista! Y
quién sabe si de verla á todas horas hubiera
yo llegado á ser divette.
- PAS. ¡Tú!
GREG. ¿Y qué es eso?
ENC. Artista de teatro.
GREG. ¡Ánda, de trato! A mí pueblo fueron una
vez unos cómicos que echaron una función
de mucha risa; y al acabar salía una mujer
mu gorda y andaba por un alambre así de
delgao; y un tío que se tragaba una espá; y
otro mu jovencito que tiraba muchos platos
al alto y los cogía toos, sin que se le rompie-
ran. ¡Miá que si me pasara á mí eso, que en
cuanto tiro uno se me hace peazos!
- ENC. (Avanzando.) Y que estaría yo muy bien con
esos trajes llenos de lentejuelas y cantando
unas canciones como las que se cantan aho-
ra: muy finas.
- GREG. La del *Morrongo*, ¿verdá?
(Sale MATEA por la segunda, siempre con el chico en
brazos, llega á la mesa, abre el cajón y coge medio
panecillo que se come poco á poco.)
- MATEA (Al salir.) ¿No ha venido todavía el pana-
dero?
ENC. ¡Pero, ama!..
MATEA Hija, es que la señora antes no me dejó aca-
bar el chocolate con tranquilidad.
ENC. ¡Come usted de una manera!..
PAS. No haga usted caso á la Encarnación; ya sabe
usted que se escapa de fina que es. Ahora nos
ha salido conque no le tira la servidumbre
y que le gustaría ser cupletista.
- MATEA ¡Qué poca aprensión!
ENC. ¡No sé por qué!
MATEA ¿Tú sabes lo que las cupletistas tienen que
enseñar en los Cines?
ENC. Menos de lo que enseña usted seguramente.
Yo iría vestida con un traje largo; con un
sombrero muy grande, con una sombrilla
de las de última: muy alta... (Cogiendo la esco-
ba.) Así lo menos. Y con un abanico de nácar
y plumas. (Cogiendo el soplillo.) Y no enseñaría

más que un poquito de pierna, cubierta con una media de pura gasa y cantaría un cuplé del todo inocente.

- PAS. ¿Con esa voz?
ENC. ¡Como que tú me has oído cantar!
PAS. Cuando friegas los cristales encima de una escalera.
ENC. ¡Qué graciosa! Me sobra voz y finura y todo lo que hace falta. Fíjate. (Se pone un capacho á la cabeza y con la escoba y el soplillo canta el número á estilo de coupletista. Las demás la imitan. Gregoria toscamente.)

Música

- ENC. Divete soy muy popular.
Soy la gentil Encarnación.
Yo sé bailar,
y sé cantar
y mi canción ha de tener para gustar
doble intención.
Al salir al escenario
llevo siempre mi abanico
japonés.
También llevo mi sombrilla
para abrirla y ocultarme
si son verdes los cuplés.
Ya ves.
Ya ves.
Ya ves.
Ven aquí.
Ven aquí, te abanicaré.
Vente junto á mí,
y con el aire fresco y puro
te adormeceré.

PAS.
MATEA
GREG.
ENC.

El beso es fuego, pasión.
Bésame, ya me dejaré; ven, picarón.
Tu loco afán yo calmaré.
También yo á tí con ilusión te besaré.
Mi sombrilla es protectora
de miradas indiscretas,
puesta así.
Ella oculta á todo el mundo

nuestras bocas que se juntan
con ardiente frenesí.

PAS
MATEA
GREG.
ENC.

Así.
Así.
Así.

Ven aquí.
Ven aquí, te abanicaré,
etc., etc. (Bailan todas.)

Hablado

(Sale JOSEFINA por la segunda. Es la señorita de la casa, tiene unos veinte años. Viste con sencillez.)

JOS.

(Saliendo.) ¡¡Qué es esto!! (Cada una vuelve á sus labores.) Ama: ¿qué hace usted aquí?

MATEA

He venido á coger un zoquete de pan.

JOS.

Pues váyase adentro; ya sabe usted que á mamá no le gusta que respire usted esta atmósfera.

MATEA

Está bien. (Vase por la segunda.)

JOS.

(Llamando.) Encarnación.

ENC.

Mande usted, señorita.

JOS.

¿Qué está usted haciendo?

ENC.

Limpiando esta falda de usted que está plagada de manchas.

JOS.

Déjela usted un momento y oiga usted. (Encarnación obedece. Confidencialmente.) ¿Anda por ahí mi hermano?

ENC.

No, señorita.

JOS.

¿Y mi hermana?

ENC.

Ha salido.

JOS.

¿Y mi cuñado?

ENC.

Salió con ella.

JOS.

Pues sin que se entere nadie, baje usted esta carta al señorito Carlos, que está en el portal de enfrente.

ENC.

Sí; donde siempre.

JOS.

No; en el portal del dieciocho, porque la portera del dieciséis le ha tomado tirria y no le deja estar.

ENC.

Está bien. ¿Y si la señora pregunta por mí?

JOS.

Que digan esas que ha ido usted á comprar cualquier cosa; eso es... cualquier cosa.

ENC.

Bajaré.

JOS.

¡Y cuidado, por Dios, que mamá no sospeche!...

- ENC. Descuide usted.
JOS. ¡Gracias, Encarnación! ¡Ay, qué vida! ¡Qué angustia! ¡Qué inquietud! ¡Qué ansiedad! ¡Qué zozobra! ¡¡Esto no es vivir!! (Vase por la segunda.)
- PAS. La cartita de todos los días, ¿eh?
ENC. ¡La cartita! Si no fuera por el duro que me da el tipo ese..
- GREG. ¿Es pa su novio, verdá?
PAS. ¿Qué se dirán ese par de simples?
ENC. ¡Cursilerías!
PAS. Daría cualquier cosa por leerla.
ENC. ¿De veras? Pues voy á darte ese gusto.
PAS. ¿Cómo?
ENC. Abriéndola.
PAS. ¿Te atreves?
ENC. ¡Si no se conoce! Al vaho del puchero se abre ella sola.
- GREG. ¿Al vaho?
ENC. Ahora lo vereis. (Coge del fogón un puchero que coloca sobre la mesa. Al destaparlo se ve salir el vapor del agua, sobre el cual coloca la carta Encarnación, mientras las otras miran con extrañeza lo quehace.)
- GREG. ¡Ay, qué cosas! (Asombrada.)

Música

- PAS. (A Gregoria.)
Por si alguien viniese
ponte tú á la puerta.
(Gregoria obedece, yendo á la segunda.)
- ENC. Ya veréis que pronto
la carta está abierta.
- GREG. (Acercándose después de haber mirado hacia las habitaciones interiores.)
¿Sin romper el sobre?
ENC. No hay que romper nada.
GREG. ¿Pensais que soy tonta?
ENC. Ve si está cerrada. (Enseñándole el sobre.)
Pues señor:
no hago más
que ponerla así un poquito
y al calor
del vapor
se va abriendo el sobrecito.

(Mostrándole el sobre abierto.)

PAS.

¿No lo ves?
¡Cierto es!

ENC.

(Por Gregoria, que no vuelve de su asombro.)

GREG.

¡Y dudaba esta infeliz!
¡Qué cosas se aprenden
en este Madriz!

(Da una carrerita siguiendo el ritmo musical y va á vigilar como antes.)

ENC.

Ya está el sobre abierto.
Anda y sácala
á ver lo que dice.

(Se sienta Encarnación á la izquierda de la mesa y Pascuala se coloca de pie á su lado.)

GREG.

(Uniéndose á ellas.)
¡¡Yo estoy atontá!!

ENC.

(Leyendo.)

«Carlitos de mi vida:
estoy muy asustada.
Papá, me mira mucho;
mamá, no dice nada.
Me han visto, por lo visto,
más no comprendo como,
y están siempre en acecho
á ver si yo me asomo.
Por eso, vida mía,
será lo más prudente,
que siempre cuando pases,
no pases por enfrente.
Y si papá te insulta,
procura hacerte el sordo,
porque hace ya unos días
que lleva el bastón gordo.
El tiene muy mal genio,
tú bien lo sabes ya,
y sabe Dios, bien mío,
lo que te pasará.»

(Deja de leer y se levanta riendo, como igualmente las compañeras.)

PAS. Yo quisiera verlo.
GREG. ¡Qué barbaridad! (Corre á vigilar.)
PAS. A ver qué más dice.
GREG. (Volviendo y uniéndose á las otras, forman un grupo,
de pie, á la derecha.)
Sigue, sigue ya.
¡Yo estoy atontá!

ENC. (Leyendo.)
«Hoy vamos á visitas
de tres y media á cuatro,
y luego por la noche
iremos al teatro.
A cuál no lo sabemos:
Mamá no nos lo dice,
más puedo asegurarte
que no iremos á Price.
Por eso, rico mío,
buscarnos debes solo,
en Lara, la Princesa,
el Cómico y Apolo.
Y cuando todos ellos
los hayas recorrido,
será si no nos vemos,
que al fin no hemos salido;
y si esto sucediera
escribeme después.
No vayas á enfadarte
si acaño no me ves.» (Deja de leer.)

LAS TRES ¡Ja, ja, ja, ja!
PAS. ¡Ay, qué pobrecito!
GREG. ¡Lo que correrá!
LAS TRES ¡Ja, ja, ja, ja!
PAS. A ver qué más dice.
ENC. Muy poquito ya.

(Lee.)
«Adiós, nenito
fascinador.
Si tú me olvidas
me muero yo.
Y siendo siempre

fiel á tu amor,
te doy en prueba
mi corazón,
que por ti late
fuerte y veloz
en agitada
palpitación.
Adiós, alivio
de mi dolor.
Tuya, tuyísima.
Adiós, adiós.»
Adiós, adiós,
adiós, adiós.

TODAS

Hablado

- ENC. Voy á llevársela al pollo, que estará esperando.
- PAS. (Vuelve á colocar el puchero en el fogón.) Y no te entretengas mucho con él, que la señorita luego tié celos.
- ENC. Pues anda, que si una quisiera... (Vase por la segunda.)
- CLOT. (Desde dentro.) ¡Gregorial
- GREG. ¿Que manda usté?
- CLOT. (Dentro.) Trae un cubo con agua y la bayeta de fregar los suelos.
- GREG. Deseguía. (Coge de debajo del fregadero un cubo, y vase después por la segunda.)
(Vuelve á entrar ENCARNACIÓN por donde hizo mutis, llevando un perrito sujeto por un cordón.)
- ENC. (A Pascuala.) Oye, tú.
- PAS. ¿Qué?
- ENC. Si la señora pregunta por mí, dile que he salido á sacar á este. (Por el perro.) Anda, monín; vámonos al evacuatorio. (Vase por la primera, al momento vuelve á asomarse.) Pascuala: mira á quien tienes aquí. (Mutis.)
- PAS. ¡Dámaso!
- (Entra DÁMASO por la primera. Es el carbonero de la casa; trae al hombro un serón de carbón de cok. A juzgar por lo sucio que viene, debe ser sábado.)
- DÁM. (Saliendo.) Pascuala, aquí me tiés.
- PAS. ¿Qué traes tu ahora?
- DÁM. Un quintal de cok.
- PAS. ¿Y quién lo ha encargado?

- DÁM. Nadie; pero tenía ganas de verte y dije: «Dámaso, en casa de la Pascuala debe hacer falta carbón». Y agarré el serón, pesé un quintal, me lo eché al hombro... y aquí estamos los dos.
- PAS. ¡Pero si están las carboneras hasta arribal!
- DÁM. Mujer, ¿vas á á hacer que me lo lleve otra vez?
- PAS. (Compadecida.) Déjalo. (Dámaso echa el carbón en la carbonera, que como ya se ha dicho está bajo la alacena; viéndose al abrirla que está casi llena.) ¡Y no se quejará tu amo de la parroquiana!
- DÁM. (Mientras descarga, vuelca, vacía la sera y barre, volviendo luego á cerrar las puertas.) El que no se queja soy yo. Oye: ¿anda alguien por ahí?
- PAS. ¿Pa que quiés saberlo?
- DÁM. Pa que me des un beso.
- PAS. ¡En eso mismito estaba pensando! ¡Con esa cara en la que traes otro quintal de cok!
- DÁM. Me prestas el pañuelo, me restrego un carrillo y me das un beso en lo que quede blanco. (Acercando la cara hacia Pascuala.)
- PAS. (Rechazándole.) ¡Quita de ahí, cochino!
- DÁM. Sí, sí; cochino. ¡Cochino!... ¡Ya quisieras tú que te restregara un moflete!
- PAS. ¡Me ibas á poner negra!
- DÁM. ¡Y que lo digas, Pascuala!
- PAS. Oye una pregunta. ¿Con qué os laváis la boca los carboneros, pa tener los dientes tan blancos?
- DÁM. Con nada y mira, están como pa darte un mordisco.
- PAS. En cuanto nos casemos, al momento te voy á consentir que vayas tan sucio.
- DÁM. De eso no ties que decirme ni tanto así. El día que me case, agarro un estropajo y voy á la iglesia con brillo.
- PAS. No te van á conocer los convidaos. (Muy cariñosa.) ¿Y... cuando va á ser eso?
- DÁM. Cuando tú reunas lo suficiente pa establecerlos. Abrimos una tienda; tú pones el local y los géneros; yo, mis conocimientos del oficio; tú llevas la cuenta de los pedidos, yo los sirvo y los dos juntos empezamos á traer carboneritos á este mundo, hasta que Madrid se llene de niños negros.

- PAS. Blancos.
- DAM. Bueno: mitá y mitá.
- PAS. ¡Miá que enamorarme yo de un carbonero!
- DAM. Pues tú me gustaste, porque veía en tu persona todas las esistencias del almacén; porque tiés el pelo más negro que el orujo; las cejas paecen pintás con cisco y los ojos son de antracita. (Trata de abrazarla.)
- PAS. (Separándose.) Se acabó el carbón, que saltan chispas y pué haber un fuego.
- DAM. Ya verás qué feliz te hago.
- PAS. ¿No habrá... leña? (Acción de pegar.)
- DAM. (Riendo.) Astillas, lo más.
- PAS. La verdá es que si yo te llevo á conocer un sábado, ni te miro; pero tuviste la suerte de que fuera un domingo y que por lo visto acababas de salir de la palangana.
- DAM. (Intentando cogerla la cara.) ¡Graciosa!
- PAS. ¡No me toques con esas manos!
- DAM. (Yendo hacia la fuente.) Me las lavo.
- PAS. (Deteniéndole.) No, que está la ropa en la pila.
- DAM. Oye, ¿no hay nada? (Acción de comer.)
- PAS. ¿Te gustan las almóndigas?
- DAM. ¿Que si me gustan las almondiguillas? ¡Ya lo creo!
- PAS. ¿Quiés una?
- DAM. Dos.
- PAS. Espera. (Dámaso se sienta á la derecha de la mesa. Pascuala abre el horno y saca una cacerola grande que coloca sobre la mesa.) Toma.
- DAM. Dame. (Yendo á meter la mano.)
- PAS. (Deteniéndole.) ¡Con esos dedazos no las coges!
- DAM. Dámelas tú con los tuyos. (Abriendo la boca exageradamente.)
- PAS. ¡Qué bocal! ¡El buzón de correos!
- DAM. Pues anda, que si fueras un sobre, te certificaba.
- PAS. (Después de darle la albóndiga con su misma mano.) ¿Está buena?
- DAM. (Se quema y cogiendo un plato de los de la mesa se da aire.) ¡Riquísima! ¡Qué ganas tengo de que guises pa mí solo!
- PAS. De ti depende. Toma otra almóndiga.
- DAM. Mejor me la envuelves en un papel, pa comérmela luego de postre.

- PAS. Bueno, hombre. (Coge un papel del cajón y comienza á envolverla.)
- DAM. ¡Anda, y la envuelves sola! Pon otras, pa que no se aburra la pobre.
- PAS. ¡Mía que me van á faltar pa los señores!
- DAM. ¿Por seis ú siete? ¡Ni lo notan!
- PAS. ¿Seis ó siete? ¡Ya te contentarás con un par de ellas. (Coge un par de albóndigas y las envuelve.)
- DAM. Y de dulce, ¿no tiés na guardao?
- PAS. No.
- DAM. ¡Qué lástima! (Se guarda el paquete que le entrega Pascuala, entre la faja.)
- PAS. (Mientras vuelve á colocar la cacerola en su sitio.)
- DAM. Anda, vete ya, que púe venir la señora.
- PAS. (Cogiendo el serón.) ¿Vuelvo luego?
- DAM. ¿A qué?
- DAM. A verte.
- PAS. ¡No!
- DAM. (suplicante.) ¡Pascuala!
- PAS. ¡Ay, qué hombre! Vuelve.
- DAM. ¿De veras?
- PAS. Trae astillas.
- DAM. (Iniciando el mutis por la primera.) Hasta luego, morena.
- PAS. Adiós, moreno.
- DAM. ¡So negra!
- PAS. ¡So negro!
- DAM. ¡El cisco que vamos á armar tú y yo en esta vida! (vase.)
- PAS. (Mirando embobada al sitio por donde salió Damaso.)
- PAS. ¡Lo que es el cariño; me paece más blanco que el panadero!
- (Sale GREGORIA por la segunda, trae el cubo, que deja debajo del fregadero.)
- GREG. (A Pascuala.) ¿Se ha marchao ya?
- PAS. ¿Quién?
- GREG. El carbonero.
- PAS. Sí. (Gregoria sigue lavando.)
- (DOÑA CLOTILDE aparece por la segunda, con una agenda en la mano. Llega á la mesa y se sienta á la derecha.)
- CLOT. (saliendo.) Pascuala.
- PAS. ¿Qué, señora?
- CLOT. La cuenta de la plaza. Tú, Gregoria, llévate estas tazas y estos platos al comedor. (Por los que están sobre la mesa.)

- GREG. De seguida. (Azoraña sin dejar de mirar á doña Clotilde, comienza á coger platos y tazas y el último se le escurre y se rompe.) ¡Atiza! ¡¡Otro más!!
- CLOT. (Incomodadísima.) No, otro menos.
- GREG. ¡Se ha esportillao del tóo!
- CLOT. Quitate de mi vista y llévate eso.
- GREG. Sí, señora, sí. Es que cuando me mira usted, me atortolo. (Vase por la puerta del fondo y al poco tiempo vuelve y se pone á lavar.)
- CLOT. (Disponiéndose á escribir.) A ver que ha traído usted, Pascuala.
- PAS. (En pie, á su izquierda y con un bolsillo de mano, que ha sacado de la alacena, donde lo dejó á su salida.) Carne: cinco veinte.
- CLOT. ¿Cuánta ha traído usted?
- PAS. Dos kilos. (Saca del cajón un envoltorio y lo desenvuelve.)
- CLOT. ¡Pero si esto no es ni kilo y medio!
- PAS. ¡Lo dirá usted!
- CLOT. ¡Y la mitad, gordo!
- PAS. Voy á cambiar de carnicero. (Vuelve á guardarla.)
- CLOT. Y mañana mismo, si no mando traer la carne á casa.
- PAS. *Lenguaos*: cuatro cincuenta. *Patatas*: una cuarenta. *Judías verdes*: cuarenta y cinco.
- CLOT. ¡Pues no han subido poco!
- PAS. Es que con la escarcha que ha caído estos días se han helao y las han subío. *Corazón pa el gato*: cinco. *Cordilla*: cinco.
- CLOT. ¡También cordilla! Con el corazón y los desperdicios de la carne tiene bastante.
- PAS. *Leche*: una ochenta. (Suena el timbre de la escalera.)
- CLOT. Abre, Gregoria. (Vase Gregoria por la primera.)
- PAS. *Pan*: una veinte. *Manteca*: cincuenta. (Entra GREGORIA, seguida de ENCARNACIÓN, trayendo el perrito.)
- CLOT. (A Encarnación.) ¿De dónde viene usted?
- ENC. De sacar al perro. (Entra por la segunda, deja el perro y vuelve á salir, siguiendo su tarea de quitar las manchas de la falda; Gregoria se pone otra vez á lavar, pero de espaldas al público, echando las prendas ya aclaradas en un barreño de barro.)
- PAS. Despojo: ochenta.
- CLOT. A ver el despojo. (Pascuala lo saca del cajón y lo

- desenvuelve.) ¡Pero si parece de gorrion! Esto no cuesta arriba de sesenta céntimos.
- PAS. Pues á mí me han cobrao ochenta.
- CLOT. A usted le engañan, Pascuala.
- PAS. ¿A mí?... (Vuelve á guardar el envoltorio y con muy malos modos.) Lechugas: veinte.
- (Entra por la segunda AUGUSTO. Es el señorito de la casa; viste pantalón claro con tirantes, zapatillas y en mangas de camisa. Saca un jarro pequeño en la mano. Se dirige á doña Clotilde y la da un beso en la frente.)
- AUG. Buenos días, mamá.
- CLOT. Ya era hora de que te levantasas.
- AUG. Me acosté anoche muy tarde.
- CLOT. Y tan tarde: no te sentí venir. (Augusto se acerca á la fuente y aprovecha una distracción de Gregoria para darla un pellizco; deja el jarro para que se llene y se asoma á la ventana, disimulando.)
- GREG. (Gritando.) ¡Ay!
- CLOT. ¿Qué te pasa á ti?
- GREG. (Conteniéndose ante una seña de Augusto.) Na, señora. (Como me vuelva á tocar le meto jabón en los ojos pa que le piquen.) (Augusto coge el jarro y vase por donde vino.)
- CLOT. (A Pascuala.) ¿Ha traído usted algo más?
- PAS. Fideos: veinte; y peregil: cinco. (Doña Clotilde suma.) Quince, sesenta; me dió usted cuatro duros... (Entregándole el dinero que saca del bolsillo.)
- CLOT. (Contando la vuelta.) Faltan diez céntimos.
- PAS. Espere usted. (Después de pensarlo un poco.) Ajos: diez; ya está.
- CLOT. (Levantándose.) Y tenga usted cuidado que me parece...
- PAS. (Levantando la voz.) ¿Cree la señora que siso?
- CLOT. (Muy fuerte también.) Si lo creyera la habría plantado á usted á la puerta de la calle.
- PAS. ¡Ah, vamos!
- CLOT. (Acercándose á Gregoria sin que ésta lo advierta y poniéndole la mano en el hombro.) 'Tú... (Gregoria se vuelve rápidamente y le da en la cara con la prenda que está aclarando.)
- GREG. ¡Ah!... (Aterrada de lo que ha hecho.)
- CLOT. ¡¡Animall! (Encarnación se ríe disimuladamente y Pascuala se oculta entre las puertas de la alacena para lo mismo.)

- GREG. ¡Creí que no era usted!
- CLOT. ¿Pues quién creías que era?
- GREG. Creí que era el se .. el se... No sé.
- CLOT. ¡Salvajel!
- GREG. Fué sin querer.
- CLCT. ¡Ya me lo figuro! ¡Y cuidado con dejar el jabón en el agua que me gastas casi cuarto de kilo diario!
- GREG. ¿Yo, señora?
- CLOT. (Riéndola.) Más puños y menos jabón; á tu edad no duelen las muñecas.
- GREG. No, señora; no duelen.
- CLOT. ¡A caillar!
- GREG. Sí, señora. (Sigue su faena.)
- CLOT. (Iniciando el mutis por la segunda.) ¡Ay, qué criadas!... ¡qué criadas!... ¡y qué criadas! (Vase.)
- PAS. (Después del mutis.) ¡Ay, qué señoras!... ¡qué señoras!... ¡y qué señoras echa Dios al mundo! (Saca de detrás de unos cacharros una hucha de barro y mete en ella algunos cuartos; luego la hace sonar.) La renta.
- ENC. Andate con ojo, que me parece que si la señora no ha visto la hucha, la ha olido por lo menos.
- PAS. ¡Anda! Y ahora tengo que bajar á la calle...
- ENC. ¿A qué?
- PAS. Por manteca. (Quitándose el delantal de cocina.)
- ENC. En la cuenta la has puesto.
- PAS. Pero no la he traído. Oye, subo en seguida. Vé macerándome esa carne, hazme el favor. (Sacándola del cajón.)
- ENC. ¿La parto en filetes?
- PAS. Sí.
- ENC. ¿Cómo?
- PAS. Muy delgaos, pa que salgan más. En seguida subo. (Vase por la primera.)
- GREG. Ya acabé. Voy á tender esta ropa por la ventana del comedor. (Coge el barreño y vase por la puerta del fondo. Encarnación se pone á macerar la carne sobre el fogón.)
(Se asoma por la segunda AUGUSTO, ya con la americana puesta.)
- AUG. Encarna.
- ENC. No entre usted, señorito; no entre usted.
- AUG. (Yendo á su lado.) ¿Que no entre?
- ENC. Que puede venir su mamá.

- AUG. Está en el cuarto de papá, ayudándole á vestir.
- ENC. Que puede venir la señorita.
- AUG. Está rizándose el pelo y no acaba nunca.
- ENC. Que puede venir la Gregoria.
- AUG. Está tendiendo ropa.
- ENC. Que puede venir el ama.
- AUG. Está durmiendo al niño. (La abraza.)
- ENC. (Sin separarse.) Que se esté usted quieto.
- AUG. No me da la gana.
- ENC. (Háciéndose la ofendida.) Que yo no soy de esas que se dejan abrazar.
- AUG. (Volviendo á abrazarla.) No me lo tienes que decir; ya lo sé. (Encarnación se separa rápidamente de Augusto y va hacia la ventana.) ¿Te marchas?
- ENC. Sí.
- AUG. ¿Dónde?
- ENC. A echar la persiana, que las de arriba se pasan el día figgando. (Echa la persiana.)
- AUG. ¿Por qué no me has entrado tú la ropa cuando llamé?
- ENC. (Coqueteando) Porque no me dió la gana.
- AUG. Pues por poco le doy un abrazo á Feliciano, por que te estaba esperando detrás de la puerta.
- ENC. Hubiera tenido gracia.
- AUG. Si llegas á ir tú... (Vuelve á abrazarla.)
- ENC. Que se esté usted quieto.
- AUG. No puedo.
- ENC. Pues si sigue usted así, el mejor día lo sabe mi novio y...
- AUG. ¡Ah! pero ¿tienes novio?
- ENC. Para mí sola.
- AUG. ¿Y él, puede decir lo mismo?
- ENC. No sé; á la vista está.
- AUG. ¿Y vas con él cuando te toca salir?
- ENC. Siempre que me toca.
- AUG. Entonces...
- ENC. ¿Qué?
- AUG. Que no puede ser una cosa que yo pensaba.
- ENC. ¿Y qué pensaba usted?
- AUG. Pues el primer día que te tocara salir irnos á las Ventas á pasar la tarde.
- ENC. ¿De veras?
- AUG. Y allí, en un merendero, á la sombra de...

del mismo merendero, después de merendar unas aceitunas y salchichón y todo lo que se te antoje, cogerte por la cintura y al compás del organillo... (Indicando el baile.)

- ENC. Me iba usted á dar muchos pisotones. Ustedes no saben bailar más que el vals á saltos.
AUG. Y el schotis, sin salir de un ladrillo.
ENC. De boquilla.
AUG. ¿De boquilla? Ven aquí. (I a coge y bailan.)

Música

Hay que ceñirse
pa bailar el agarrao.

- ENC. (Soltándose.)
Pero es muy cerca,
póngase más separao.

- AUG. Si el domingo te toca salir
(Ella tarareando, se burla de él)
á las Ventas tenemos que ir.
A las Ventas, juntitos los dos.
ENC. ¿Los dos juntos? ¡Ay, válgame Dios!
AUG. No te burles, por Dios, que te quiero.
ENC. Ya veremos en el merendero.

(Durante los compases que siguen, él mímicamente, la invita al baile y ella, en la misma forma, se niega con mucha coquetería.)

- AUG. Después de la merienda consabida
y al son del organillo acompasao,
gozando del placer que nos convida,
verás qué bien se baila el agarrao.

- ENC. (Mirándole y riendo.)
¡Está chiflao!

- AUG. (Indicando el baile, poco á poco.)
El timbre emocionante
que no cesa un instante
tin, tin, tin,
marcando va el compás.
Tres pasos adelante;
tres pasos hacia atrás.

ENC. Ya veo que es usted de los peores.
Ya veo que hay que andarse con cuidado.
¡Caramba y cómo bailan los señores!
Sabe usted más que un chulo desgarrao.

AUG. Tú me has *tañao*.

ENC. El timbre emocionante
que no cesa un instante
tin, tin, tin
marcando va el compás.

LOS DOS Tres pasos adelante;
tres pasos hacia atrás.

(Se agarran y bailan hasta el final del número.)

Hablado

AUG. ¡Encarnación!

ENC. (Pasando al lado del fogón.) Váyase usted de la
cocina, señorito.

AUG. Porque tú me lo mandas. Oye: ahora cuando
llame, entra tú.

ENC. En eso estaba pensando.

AUG. Ya lo sabes. (Da la vuelta para marcharse á tiempo
que entra GREGORIA por la puerta del fondo con un
vaso en la mano; tropezan y el vaso se cae, haciéndose
añicos.)

GREG. ¡¡Lo que ha hecho usted!!

AUG. ¿Quién, yo?

GREG. Y menos mal que no lo han oído, si no, me
la cargo.

AUG. (Tocando la cara á Gregoria.) ¡JOCOSA! (Vase por la
segunda.)

GREG. (A Encarnación.) ¿Qué me ha llamao?

ENC. Nada malo, mujer.

GREG. ¡Ah, vamos! (Recoge los pedazos del vaso y los
echa en la espuerta de la basura. Sale MATEA por la
segunda.)

MATEA Encarnación: anda, échame un vaso de le-
che, que desde hace un rato me grita el es-
tómago.

ENC. ¡Ay, ama! ¡no sé cómo no está usted más
gorda que una tinaja! (Va á la alacena y saca un
perol con leche y un vaso.)

MATEA Si tú tuvieras que criar como yo á este be-
cerro, que se pasa el día chupa que chupa.
(Se bebe el vaso de leche. Suena el timbre de la es-
calera.)

- ENC. Anda; abre, Gregoria. (Sale Gregoria por la primera y al momento vuelve á entrar seguida de FELICIANO y DÁMASO; este último trae una espuerta de astillas.)
- FEL. (Entrando.) Aquí estamos todos.
- DÁM. ¿Y la Pascuala? (Deja la espuerta junto á la pared.)
- ENC. Ha bajado á la tienda, pero ahora subirá.
- FEL. (A Dámaso.) ¿Tú te has fijao qué redondita está el ama? (Dándole un golpecito en la espalda.)
- DÁM. (Imitando á Feliciano.) ¡Sí que es verdad!
- FEL. (Pasando por detrás y dando otro cachetito á Encarnación.) ¿Y esta? (Dámaso le imita.)
- ENC. ¡Las manitas quietas!
- FEL. (A Gregoria, que está barriendo delante del fogón.) ¿Pues y esta? (Dámaso avanza, dejando á Gregoria entre los dos; ésta detiene la acción de Dámaso.)
- GREG. A mí no me toque usted, que se lo digo á su novia.
- FEL. Pero como yo no tengo novia... (Intenta abrazarla.)
- GREG. (Rechazándole.) Ya lo creo; la niñera del principal, que bien se tiran ustedes besitos por la ventana del recibimiento.
- MATEA Yo lo he visto también.
- FEL. ¡Pero no tiene el cutis tan fino como vosotras! (Toca la cara á Gregoria.) Examina, Dámaso.
- DÁM. (Después de tocar.) ¡Como seda!
- GREG. ¡Quietol!
- DÁM. (Volviendo á pasar hacia la derecha y tocando la cara á Encarnación y Matea.) ¡Y esta también!
- ENC. ¡Atrevido!
- DÁM. Y esta.
- MATEA ¡Sobón! (Las tres quedan con el recuerdo de las manos de Dámaso en los carrillos. Suena el timbre de la escalera. Procúrese, por la colocación de las tres, que cada una de ellas no pueda reparar en los tiznes de las otras.)
- ENC. Anda, Feliciano; mira á ver quién es. (Vase Feliciano por la primera.)
- JOS. (Dentro.) ¡Gregoria!
- GREG. Voy. (Vase por la segunda. Encarnación coge el sopillo y se pone á avivar el fuego. Entra PASCUALA seguida de FELICIANO, por la primera.)
- PAS. ¡Se os oye desde la escalera!
- MATEA Era Dámaso, que nos decía...

- PAS. (Fijándose en el tizón que tiene Matea) No tié usted que decir: se la sale la conversación á la cara.
- MATEA ¿A mí?
- PAS. (Por Encarnación, que vuelve la cara, sin dejar de soplar.) Y á esa también.
- DAM. ¿A quién?
- PAS. A esa: á la del Pay-Pay.
- ENC. (Deja de soplar y avanza, riendo.) Hija, es que tienes un novio que destiñe.
- PAS. Y unas compañeras que se arriman al tinte.
- FEL. ¡Cállate! (Calmándola.)
- DAM. ¡Pascuala! (Idem.)
- ENC. (Con retintín.) ¡Ah! pero ¿son celos?
- PAS. Es que sois muy frescas la doncella y la vaca suiza.
- ENC. (Levantando la voz.) ¡A mí no me llamas fresca!
- MATEA (idem.) Ni á mí vaca suiza.
- PAS. (A gritos.) ¡Cuando me dé la gana!
- DAM. (Poniéndose con Feliciano entre ellas.) ¡Callarse!
- FEL. ¡Que lo van á oír!
- PAS. (Muy incomodada y á grito pelado.) ¡Que lo oigan!...
- ENC. Baja el pito.
- PAS. No quiero.
- MATEA Escandalosa.
- DAM. ¡Pascuala!...
- FEL. ¡Encarnación! (Tratan de poner paz entre las tres, que están á punto de venir á las manos.)
- ENC. ¡Si no me asustas!
- MATEA ¡Ni á mí tampoco!
- PAS. Ni vosotras á mí. (Esto lo dicen á grito pelado y simultáneamente.)
- ENC. ¡Verdulera!
- MATEA ¡Rabanera!
- PAS. ¡Golfas! ¡Sin vergüenzas!
- DAM. ¡A callar!
- FEL. ¡Silencio!
- ENC. ¡Yo golfa! (Corre al fogón á coger un gancho de los de hierro, amenazando á Pascuala.)
- MATEA ¡Yo sin vergüenza! (Idem, idem.)
(Pascuala quiere acometerlas; ellos tratan de apaciguarlas; el griterío es grande; el chico, que tiene en brazos Matea, empieza á llorar; los timbres empiezan á sonar con verdadera furia; el perro, ladra. Cuando el

- escándalo es mayor entran en escena por la segunda,
DOÑA CLOTILDE seguida de JOSEFINA.)
CLOT. (saliendo.) ¡Pascuala! ¡Encarnación! ¡Ama!
DÁM. ¡La señora! (Momento de silencio)
CLOT. ¿Qué escándalo es este?
JOS. ¿Qué pasa aquí? (Las frases siguientes, hasta que
vuelve á hablar doña Clotilde, deben decirse á la vez
y procurando los cinco, avanzando en grupó, que su
voz sobresalga de las de los demás)
PAS. Estas dos, que se dejan tocar la cara y que
cuando hay un hombre que alarga la mano,
ellas acercan los carrillos.
ENC. Nada, señora; que esta cree que aquí esta-
mos todas enamoradas de su novio, como si
no hubiera más hombres en el mundo.
MATEA Que nos ha insultao, que ve visiones y que
como á su novio le gustan todas, teme que
se lo quite la primera que llegue.
FEL. Aquí, Dámaso, que al traer el carbón, se
permitió una pequeña broma y la Pascuala
se ha creído otra cosa.
DÁM. Estábamos tan tranquilos y la Pascuala,
que se sulfura en seguida, se ha creído que
yo la faltaba y ha armao esta bronca.
CLOT. (Dominando el tumulto.) ¡Callarse; que me vuel-
vo loca con tanto grito!
DÁM. Yo le explicaré á la señora...
CLOT. Cállese usted, so sucio.
PAS. (A las otras) En la calle vereis.
ENC. Cuando quieras.
MATEA ¡Ya lo creo!
CLOT. Ahora mismo; todas á la calle: despedidas.
Josefina, coge al niño. (Josefina coge al niño que
tiene Matea en sus brazos.)
JOS. Traiga usted.
(Salen por la segunda AUGUSTO con unas botas en la
mano y un cepillo y DON ESTEBAN en mangas de
camisa, con la cara llena de jabón, la navaja de afeitar
en la mano y la toalla al hombro.)
AUG. Pero, ¿qué es esto?
EST. ¿Qué algarabía es esta? (Blandiendo la navaja.)
CLOT. Que las he despedido á todas. ¡Dales la
cuenta!
PAS. (A Matea y Encarnación.) Y yo os la ajustaré á
vosotras.
ENC. ¡Habrà que verlo!

- EST. ¡Silencio!
- MATEA ¡Lo veremos!
- DAM. ¡Pascualal
- FEL. ¡Ama!
- EST. Tengan ustedes más respeto. (Dominando con su voz el griterío.)
- CLOT. Me quedo solo con la Gregoria.
(Aparece GREGORIA por la puerta del fondo con un rímero grande de platos y con su buen tiznón en la cara.)
- PAS. (Advirtiendo la caricia de Dámaso.) ¡También tizná la tonta de Ocaña!... (Yendo hacia Gregoria, con ánimo de quitarla la mancha de un bofetón.)
- DAM. (Conteniéndola.) ¡Pascuala!
- GREG. ¡Ay! (Aterrada por la actitud de Pascuala deja caer el montón de platos que se hacen pedazos.)
- CLÓT. También tú á la calle. Dales la cuenta, Esteban.
- EST. Vamos, vamos. (Empuja á los criados, llevándose los por la segunda derecha. Dámaso, vase por la primera.) ¡Qué escándalo, Dios mío!...
- PAS. (Al salir) Luego vereis.
- ENC. (Idem.) Ya verás en la calle.
- MATEA (Idem.) Luego te lo diré.
- GREG. (Idem.) Yo no he hecho *na*.
- DAM. (A Pascuala.) ¡No grites más!
- FEL. (A Matea.) ¡Buena la habeis hecho!
- EST. Estoy nerviosísimo... ¡hoy me degüello!
(Quedan en escena DOÑA CLOTILDE, JOSEFINA y AUGUSTO. Doña Clotilde coge el soplillo y Josefina, pasea al niño. Rapidísimo hasta el final.)
- AUG. ¿Y quién me limpia ahora las botas?
- CLOT. Límpiatelas tú. (De malos modos.)
- AUG. ¡Que se le va á hacer! (Con gran resignación, se sienta y se pone á cepillar las botas.)
- CLOT. Y tú, dame el niño y ponte á mondar patatas.
- JOS. (Sentándose al lado de su hermano y obedeciendo.) Bueno, mamá. (¡Ay, Carlitos!... ¡me quedo sin verte!)
- CLOT. (Con el niño en brazos y abanicándose con el soplillo.)
Y yo, á guisar. ¡Qué cocinal
¡Cómo están estas criadas!
(Al público.)
Y aquí da fin el sainete;
perdonad sus muchas faltas.
(Música en la orquesta y telón.)

Obras del mismo autor

Pasacalle, sainete lírico madrileño, en un acto y en prosa, dividido en cuatro cuadros, original, música del maestro Valverde (hijo). (1)

Calabazas, entremés cómico-lírico en prosa, original, música del maestro Chapi.

La joroba, cuento cómico-lírico en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa y verso, original, música del maestro Chapi. (1)

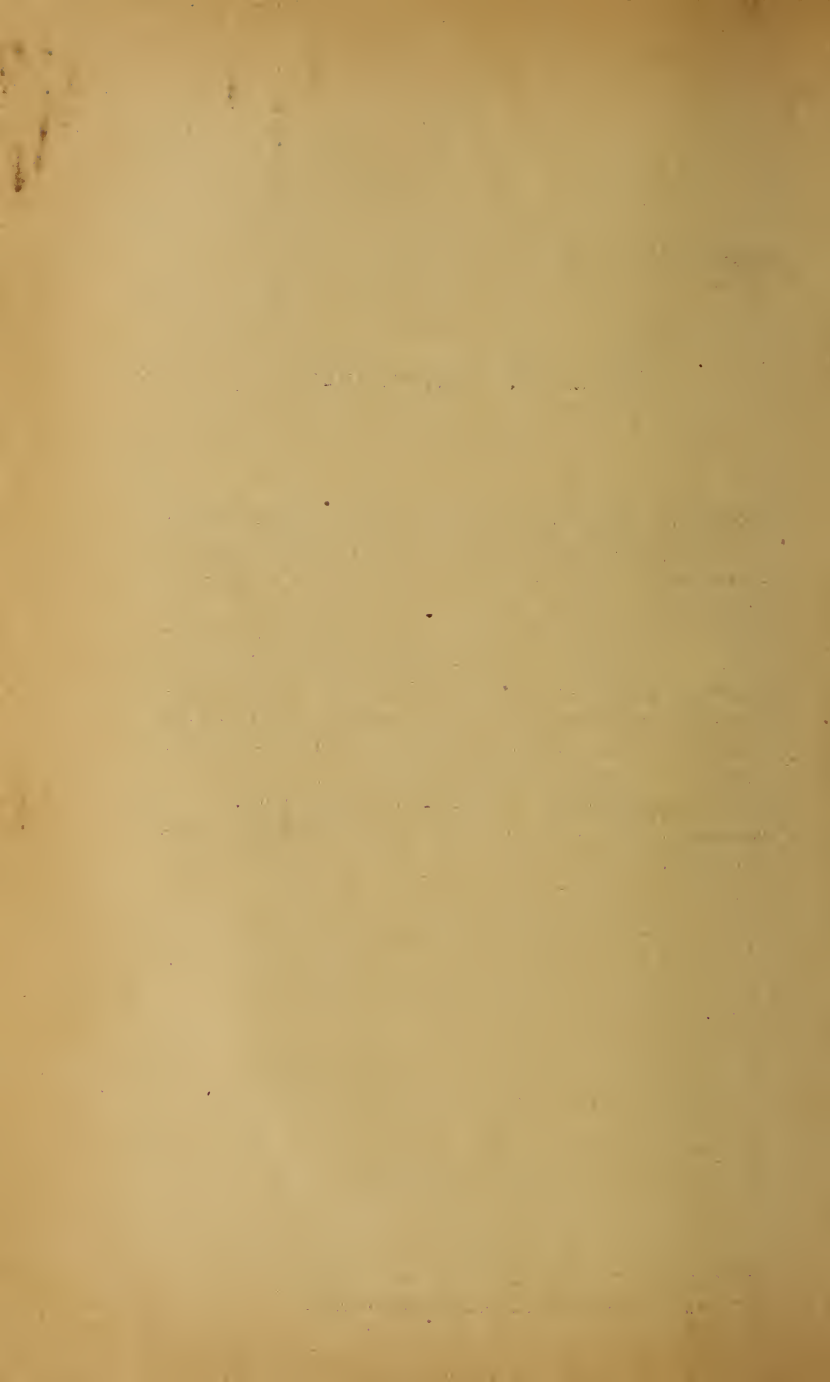
El incierto porvenir, comedia en dos actos y en prosa, original.

Los niños de Tetuán, pasillo cómico-lírico-taurino en un acto, dividido en cuatro cuadros y un intermedio, en prosa, original, música de los maestros Torregrosa y Calleja.

El sexo débil, sainete en dos cuadros y en prosa, original.

La cocina, sainete en un acto y en prosa, original, música del maestro Calleja.

(1) En colaboración con D. Miguel Ramos Carrión.



Precio: UNA peseta

50 POR 100 DE AUMENTO